

El Valle Medio del Guadiana, «Espacio de Frontera» en la Protohistoria del Suroeste (I)

Uno de los aspectos más definidores de la historia del Valle Medio del Guadiana (y Tajo) es su carácter fronterizo, como espacio de contacto y transición entre realidades socioculturales diversas. Dicho carácter muy bien pudo determinar los particularismos del poblamiento orientalizante y del posible modelo de expansión comercial al que parece asociarse. Concluida la hegemonía tartésica, vettones, célticos y túrdulos esencialmente fueron las etnias que protagonizaron el replanteamiento socioeconómico y cultural que permitió la superación de las consecuencias negativas que para este territorio tuvo el 400 a. C. así como la definición de la Beturia prerromana.

Le caractère de frontière, comme espace de contact et de transition de réalités socioculturelles différentes, est sans doute un des aspects les plus relevés de l'histoire de la Vallée du Guadiana et du Tajo. Ce caractère fut, peut-être, la raison principale des particularités de la population orientalisante et du possible modèle d'expansion commerciale associé. Après la fin de Tartessos, les «vettones», «célticos» et «túrdulos» essentiellement furent les peuples responsables de la récupération économique et culturelle de ce territoire-ci à partir du 400 a. C. et aussi la définition de la Beturia pre-romaine.

Posiblemente una de las más acertadas definiciones que se hayan hecho del actual territorio extremeño en los últimos años sea la que lo ha conceptualizado como un «espacio de frontera permanente» (Barrientos Alfageme, 1985: 16–17) y, en consecuencia, zona de confluencia y transición entre realidades humanas diversas aunque no siempre con implicaciones político-territoriales (AA. VV., 1989). En este sentido, bien sabido es que Extremadura ocupa un lugar intermedio entre dos áreas geográficas y culturales muy dispares entre sí: la Meseta, al Norte, y Andalucía, al Sur. El potencial diverso de su suelo y subsuelo permite la distinción de un buen número de comarcas naturales con una vocación preferentemente agrícola (Valle del Alagón, Vegas del Guadiana), ganadera (La Serena, Las Villuercas) e incluso minera (Jerez de los Caballeros, Llerena–Azuaga). La mayor parte de

sus tierras pueden atravesarse fácilmente debido a la ausencia de grandes barreras montañosas o espacios yermos que constituyan frenos insalvables para la ocupación humana. Quizá en este aspecto, únicamente cabría referir las dificultades que representan el Sistema Central, Sierra Morena y los ríos Tajo y Guadiana, que en dirección E–W recorren y fraccionan la región en tres grandes unidades. No obstante, un número suficiente de puertos y vados garantiza el tráfico N–S y la comunicación interior de este territorio. Pero entre todos estos accidentes geográficos son, sin duda, las cuencas medias del Guadiana y Tajo las que mayor entidad y personalidad confieren a este espacio geográfico. Por ello y con el propósito de superar las lógicas limitaciones que comportan las actuales divisiones administrativas, hemos optado –tal y como ya lo hicieran los autores clásicos en la Antigüedad y

siempre que ha sido posible— por tomar ambos ríos (y en particular el Guadiana) como puntos de referencia constantes en nuestro trabajo, tanto desde su propia vertiente geográfica como cultural. En suma, nos encontramos ante un espacio que a lo largo de su historia ha estado ligado a planteamientos de subsistencia básicamente agropecuarios, pero sobre todo que ha sido y continuará siendo tierra de paso y punto de encuentro entre «el norte y el sur» no sólo en lo geográfico sino también en «lo cultural, lo económico, lo social e incluso lo religioso» (Barrientos Alfageme, 1990). Así entendido este marco natural, no resulta nada difícil admitir y comprender su individualización dentro del cuadrante suroccidental de la Península Ibérica, donde, por otra parte, la investigación prehistórica desde hace tiempo viene definiendo las semejanzas y particularismos entre el área onubense, el Bajo Guadalquivir y el Sur de Portugal.

El entramado sociocultural surgido durante el Ier. milenio a. C. en los valles medios del Guadiana y Tajo, como es lógico pensar, también estuvo impregnado por ese especial carácter fronterizo que distingue a ésta de otras áreas geográficas. Fue precisamente en esos momentos cuando este espacio se constituyó de forma progresiva como zona de contacto entre elementos atlánticos, mediterráneos y continentales, cuya evolución y maduración cultural se vieron finalmente truncadas con la llegada de los romanos. Si fácil puede resultar determinar el signo cultural dominante en cada uno de los períodos en los que se articula la «protohistoria extremeña», mucho más difícil es precisar las razones por las que los diversos grupos humanos que ocuparon este marco geográfico a lo largo de casi mil años de su historia modificaron, en mayor o menor medida, su estrategia de control sobre el territorio, sus prácticas de subsistencia y sus pautas de comportamiento. Factores internos o externos, como el crecimiento poblacional, la introducción / explotación de nuevas tecnologías y recursos, la aculturación e incluso los cambios medioambientales, a menudo se entrecruzan provocando en el investigador interrogantes y respuestas complejas sobre el funcionamiento de estas comunidades. Sin ignorar por un instante los riesgos y limitaciones que conlleva el estado actual de la investigación prehistórica en la zona objeto de estudio y, por consiguiente, con un carácter absolutamente provisional, el presente trabajo pretende, a través de la todavía facetada perspectiva que ofrece el poblamiento, seguir profundizando en el análisis de dos aspectos que considerados espe-

cialmente sugerentes en estos momentos: 1) la diversidad interna que rige la protohistoria reciente del Suroeste; circunstancia que continúa aconsejando con insistencia el tratamiento de este dilatado ciclo histórico desde ámbitos geográficos y culturales cada vez más precisos; y 2) la definición, dentro de las cuencas medias del Guadiana y Tajo, de las semejanzas y diferencias existentes entre las pautas socioeconómicas y culturales dominantes durante dos de los períodos en los que por razones muy diversas nos vemos obligados habitualmente a segmentar su historia: la I y II Edad del Hierro.

1. EL PERÍODO ORIENTALIZANTE: «COLONIZACIÓN» Y «ACULTURACIÓN» EN LA PERIFERIA TARTÉSICA

1.1. Historiografía y planteamientos teóricos

Hacia mediados del Ier. milenio a. C. tuvo lugar en la zona que nos ocupa el eclipse del llamado Período Orientalizante; etapa definida y personalizada hace ya algún tiempo por Almagro Gorbea (1977) y Maluquer de Motes (1981 y 1983) a partir de sus trabajos en Medellín y Cancho Roano, respectivamente, y de toda una amplia serie de objetos de prestigio (bronces, joyas y restos epigráficos) dispersos por la actual geografía extremeña (Valdegamas, Siruela, La Codosera, Mérida, Aliseda, Serradilla, Medina de las Torres, Cogolludo, Almorchón, Higuera la Real, Villanueva de la Vera, etc.) Ni que decir tiene que la estela dejada por dichos investigadores ha sido siempre referencia constante e ineludible en los estudios posteriores, ya con un cierto carácter global (Enríquez y Hurtado, 1986; Celestino y otros, e.p.) o puntual (Alvarez y Gil, 1988; Celestino Pérez, 1990; Enríquez y Domínguez, 1991; García-Hoz y Alvarez, 1991). En su conjunto, todos estos hallazgos han permitido recientemente plantear a algunos autores (Almagro Gorbea y Domínguez, 1988-89; Almagro Gorbea y otros, 1990) sugerentes modelos de comportamiento sociopolítico y cultural que abogan por un alto grado de orientalización de las comunidades indígenas, herederas de las tradiciones del Bronce Final.

Justo es reconocer que el estado de la investigación en el que hoy se encuentra este período es el resultado de un enorme esfuerzo dirigido a recuperar el mayor potencial informativo posible de un conjunto de hallazgos que, por paradójico que resulte, se mantiene

con el paso de los años tan excepcional como limitado. Porque, desgraciadamente, aún continuamos sabiendo muy poco sobre el paisaje geográfico y humano de esta etapa, la evolución del hábitat tradicional ante el contacto orientalizante, la propia estructura general del poblamiento de los siglos VII-V a. C., la base económica real por la que este espacio formó parte casi desde un primer momento de la periferia tartésica, las formas de contacto y la escala real del entramado social resultante de esa interacción secular entre el Guadalquivir y el Guadiana y, por último, las claves que provocaron su agotamiento definitivo.

En líneas generales, el surgimiento en todo el Suroeste de una cultura compleja como la orientalizante se interpreta comúnmente como «un fenómeno de aculturación (...) o transformación que afecta a todos los campos de la cultura, no solamente a la cultura material y a los aspectos estéticos y tecnológicos, sino también a la economía, la sociedad y el campo ideológico, político y religioso, llegando, en consecuencia, a modificar la propia estructura interna de la cultura afectada» (Almagro Gorbea, 1990a: 88). Los efectos tecnológicos y sociológicos más relevantes de dicho fenómeno hasta ahora conocidos y valorados en todo el ámbito tartésico se concretan esencialmente en la adopción del torno de alfarero, la aparición de una nueva orfebrería y otros bienes de lujo, el conocimiento del hierro, la difusión de la escritura, la cremación de los cadáveres y el desarrollo de una arquitectura urbana y de prestigio sin precedentes. Pero este proceso tan profundo y complicado que afectó a aspectos tan fundamentales para cualquier comunidad, como es bien sabido, fue consecuencia inmediata de unos contactos intensos y continuados entre elementos indígenas y coloniales que estuvieron precedidos por unas alianzas o relaciones previas con las aristocracias locales, cuya expresión arqueológica se rastrea en determinados objetos de prestigio incluidos en las estelas de guerrero del Suroeste o aparecidos en contextos poco definidos, como el recipiente de bronce fenicio de Berzocana. El ambiente que definió dichas relaciones ha sido valorado por algunos autores como una auténtica «precolonización», aunque no siempre con un pleno acuerdo sobre su origen y filiación (Almagro Gorbea, 1977 y 1983; Bendala Galán, 1977 y 1985). En relación con la consolidación de dichos vínculos y por ende de la propia fase de aculturación posterior, especial protagonismo se concede a las fundaciones coloniales de la costa mediterránea y muy particularmente a Gadir (Fig. 1).

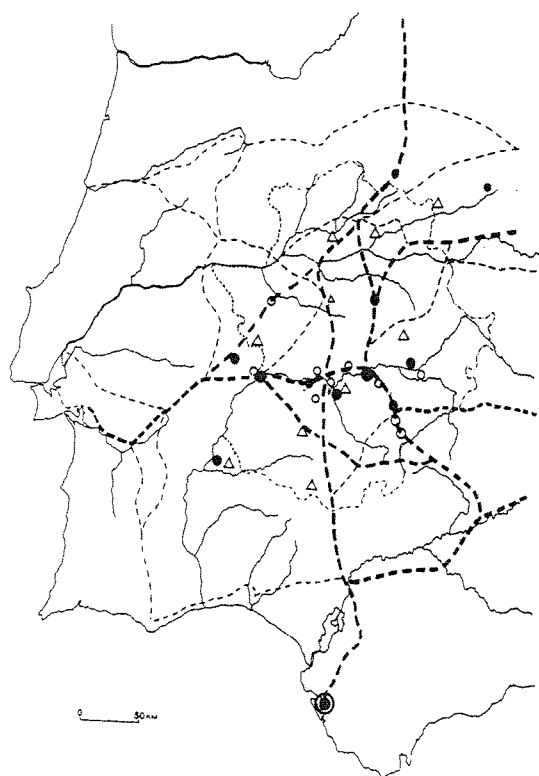


Fig. 1.- Principales vías de comunicación entre Andalucía Occidental y el Valle Medio del Guadiana, según Almagro Gorbea (1990).

En este mismo sentido, aunque con argumentos y criterios diferentes, no son menos conocidas las distintas «formas de contacto» entre indígenas y colonos fenicios consideradas recientemente por otros autores (González Wagner, 1986: 150-155; Alvar y González, 1988: 180), dentro de un contexto interpretativo que contempla, a un tiempo y sin ignorar en ningún caso el destacado papel desempeñado por Gadir y los establecimientos costeros meridionales, la existencia de un segundo modelo de comportamiento colonial en el Bajo Guadalquivir y una incidencia relativa del impacto oriental en esta zona. A grandes rasgos, dicho modelo, condicionado por factores de diversa índole que se desencadenaron en la propia Fenicia y que tuvieron notables repercusiones migratorias en todo el Mediterráneo durante el siglo VII a. C. (González y Alvar, 1989), está basado en la consideración de una implantación de colonos fenicios en Tartessos con un carácter preferentemente agrícola. La principal justificación arqueológica de dicha «colonización agrícola» se ha precisado en la enorme diversidad ritual constatada en las necrópolis de dicho ámbito (González Wagner, 1983 y 1986; González Prats, 1986; Escacena Carrasco, 1989; Ruiz Delgado, 1989;

Plácido y otros, 1991). Sin duda, de confirmarse plenamente su existencia, esta nueva aportación demográfica al núcleo tartésico debió de constituir, dentro de la situación global del momento, un factor favorable en la contrastada expansión fenicia y/o tartésica tanto hacia el Alto Guadalquivir y el resto de la costa peninsular como hacia la propia Cuenca Media del Guadiana.

Considerando que el potencial agropecuario y minero del actual territorio extremeño formó parte desde sus comienzos de la órbita tartésica y dada la magnitud e intensidad que alcanzó dicho proceso en esta zona, ya habido autores que, a partir de trabajos clásicos o recientes, han aludido la posibilidad de que este espacio geográfico pudo estar integrado o verse afectado por la ya mencionada «colonización agrícola». Hasta el momento, los únicos argumentos arqueológicos esgrimidos en favor de esta hipótesis han sido los paralelismos rituales existentes entre la necrópolis de Medellín y los cementerios de Cruz del Negro y Frigiliana, máximos exponentes de la presencia de colonos fenicios en Tartessos desde mediados del siglo VII a. C. (Alvar y González, 1988: 183). En esta misma línea, se han planteado recientemente diversos intentos de explicación «de la presencia de Cancho Roano dentro del contexto histórico que dibuja la moderna investigación arqueológica en la Península Ibérica» (Celestino y Jiménez, e.p.: 176–177), como lugar de mercado organizado por comerciantes fenicios o un príncipe tartésico en una ruta de metales bien atestiguada (López Pardo, 1990). No obstante, dichos planteamientos han sido fuertemente cuestionados por Almagro Gorbea en diversos trabajos, de los que no nos resistimos a reproducir algunas frases: «Es evidente que esta proximidad ritual entre colonizadores fenicios e indígenas plantea no pocas dificultades de interpretación. Ello ha conllevado en ocasiones, incluso en fecha reciente, a la errónea confusión de unos y otros, habiéndose llegado a considerar como testimonio de una colonización agrícola fenicia. En este sentido, la necrópolis de Medellín es concluyente, pues sus grafitos prueban cómo los enterrados eran indígenas, aunque ciertamente muy aculturados como corresponde al mundo orientalizante, como evidencia su ritual de tipo oriental y el hecho cada vez más evidente que los enterrados usaban y comprendían, al menos parcialmente la iconografía escatológica de tipo fenicio como evidencian los marfiles, el medallón, etc., lo que supone una muy profunda aculturación en el campo ideológico, hecho imprescindi-

ble para comprender la cultura tartésica» (Almagro Gorbea, 1991a: 164).

Respecto a la propia expansión agrícola alcanzada en el Valle Medio del Guadiana este mismo autor la entiende más como consecuencia que como causa del proceso orientalizante y contempla un «proceso de colonización interna (...), resultado de la paralela innovación agrícola, consecuencia de las innovaciones tecnológicas y de la aparición de nuevos cultivos, pero también del consiguiente aumento de la presión demográfica y de una nueva organización de la producción agraria, posiblemente relacionada con dichas nuevas fórmulas políticas y de posesión de la tierra que debieron caracterizar al Período Orientalizante» (Almagro Gorbea, 1991b: 107–108). Todo ello ayudaría a «comprender la aparición en este período de nuevos poblados de características distintas de las hasta entonces documentadas» (Almagro Gorbea, 1990a: 95).

1.2. El poblamiento orientalizante del VMG en el contexto de consolidación y expansión hacia el interior de un modelo económico comercial

Con la provisionalidad que impone el estado actual de la investigación y sin ánimos de generar opciones interpretativas que excluyan las que hasta este momento tratan de explicar esta etapa de nuestra historia, la presente reflexión pretende ante todo valorar el poblamiento orientalizante en el Valle Medio del Guadiana–Tajo sin perder de vista el hecho de que esta zona mantuvo siempre una relación perimetral con Tartessos, como ponen claramente de manifiesto las propias características de los restos materiales hasta ahora recuperados (Almagro Gorbea, 1977; Enríquez y Hurtado, 1986). Dicho de otro modo, hemos de admitir, en primer lugar, que el Bajo Guadalquivir fue un «foco difusor secundario de la cultura oriental asimilada de la colonización fenicia» (Almagro Gorbea, 1983: 451) y, en segundo término, que las cuencas del Guadiana y Tajo fueron básicamente ámbitos de interacción dentro de una dinámica expansiva que fue generando «círculos económicos concéntricos y jerárquicos» a lo largo de varios siglos (Aubet Semmler, 1990: 41), pero en la que, a nuestro juicio, no deben excluirse «a priori» la existencia de posibles episodios de realimentación como la aportación demográfica propugnada por algunos autores para el Bajo Guadalquivir. Pero, como es fácil deducir y sin pretender con ello trasladar a esta zona plan-

teamientos teóricos aún poco contrastados arqueológicamente, durante tan dilatada secuencia cronológica y una vez superados los niveles de intercambio de un primer momento, dicho modelo socioeconómico debió desarrollar formas de contacto cada vez más sólidas y complejas entre el centro y la periferia tartésica. Éstas, al margen de potenciar la libre circulación de artesanos e ideas por las rutas y caminos naturales de la época, también pudieron concretarse, al menos durante algún tiempo de su desarrollo, en la fundación de hábitats estables (posibles centros de mercado), cuya configuración y diseño obedecieran a la interacción de los intereses tartesios y/o fenicios en el interior. En consecuencia, todo ello debió contribuir enormemente a multiplicar el proceso aculturador que entre los siglos VII y VI a. C. conocieron las comunidades indígenas de este «espacio fronterizo», si bien el trasfondo económico real de este período fue —como es de sobra conocido— la consolidación y expansión de un sistema de relaciones comerciales con epicentro en Gadir hacia un área especialmente rica en metales (oro, plata, estaño y cobre), recursos agropecuarios y paso obligado hacia la Meseta.

Es precisamente a partir de este planteamiento general desde el que pretendemos valorar la tipología diversa de asentamientos que se conoce en nuestra región durante el Período Orientalizante, y en particular en su fase más reciente pero quizá también la de mayor madurez e intensidad. En este sentido, podemos concretar que la investigación arqueológica de los últimos años está reportando en el Valle Medio del Guadiana, e incluso del Tajo, un panorama poblacional vertebrado esencialmente en dos tipos de asentamientos muy bien diferenciados entre sí en cuanto a su filiación cultural pero todavía muy mal correlacionados desde el punto de vista cronológico. Así, en primer lugar, nos encontramos con la cada vez más amplia serie de asentamientos orientalizantes cuya ocupación inicial se remonta al Bronce Final y que, por tanto, podrían considerarse «de tradición indígena» o simplemente indígenas. Básicamente, se trata de enclaves estratégicos de larga duración, localizados en su mayoría en zonas elevadas desde las cuales se dominan vados, puertos o zonas especialmente feraces. De todos ellos, el mejor conocido hasta el momento es, sin duda alguna, el de Medellín (Almagro Gorbea, 1977), si bien prospecciones o intervenciones arqueológicas de muy diverso signo permitirían referir en este mismo sentido la Alcazaba de Badajoz-Santa Engracia, Cogolludo, Magacela, Alange

(prov. de Badajoz), la Sierra del Risco o Aliseda (prov. de Cáceres), entre otros. Por lo conocido hasta ahora, en dichos poblados parecen reproducirse, no sin dificultades, secuencias estratigráficas y procesos culturales paralelos a los estudiados en los establecimientos tartésicos de Andalucía Occidental. Es decir, núcleos de población indígena lideradas por aristocracias locales, controladoras del potencial económico del territorio, que a partir de un momento determinado y de forma paulatina van incorporando a través de mecanismos básicamente comerciales nuevas técnicas, nuevos productos e incluso una nueva ideología cuyas repercusiones en el resto de la población aún resulta muy difícil determinar con precisión. En la Cuenca Media del Guadiana-Tajo, la base económica de estos asentamientos parece vincularse a planteamientos de subsistencia preferentemente agroganaderos y minero-metalúrgicos. En este sentido, podemos precisar que respecto a la producción metalúrgica, considerada como factor esencial en las relaciones de esta zona con Tartessos, no se ha constatado hasta el momento la explotación del plomo antes de época romana, aunque se vislumbra el beneficio de cobre, estaño, plata y oro en distintos puntos de este territorio (Almagro Gorbea, 1977; González y otros, e.p.)

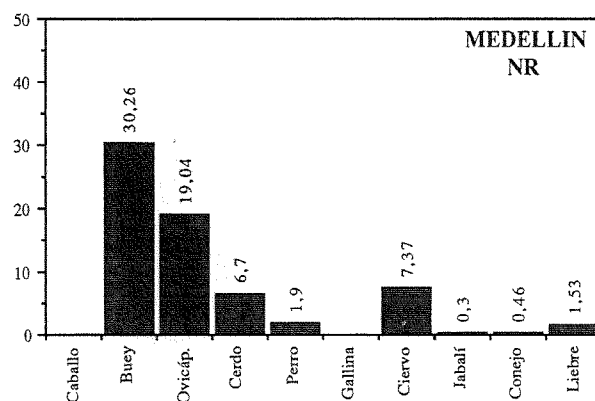


Gráfico 1

En cuanto a la agricultura y la ganadería, señalar que los únicos estudios faunísticos referidos a esta época proceden de Medellín (Morales Muñoz, 1977), los cuales revelan, como es de sobra conocido, una presencia principal del ganado bovino (Gráf. 1), acorde con las pautas generales de explotación ganadera en todo el Suroeste y muy probablemente con un modelo de explotación agraria de carácter intensivo (Escacena Carrasco, 1989).

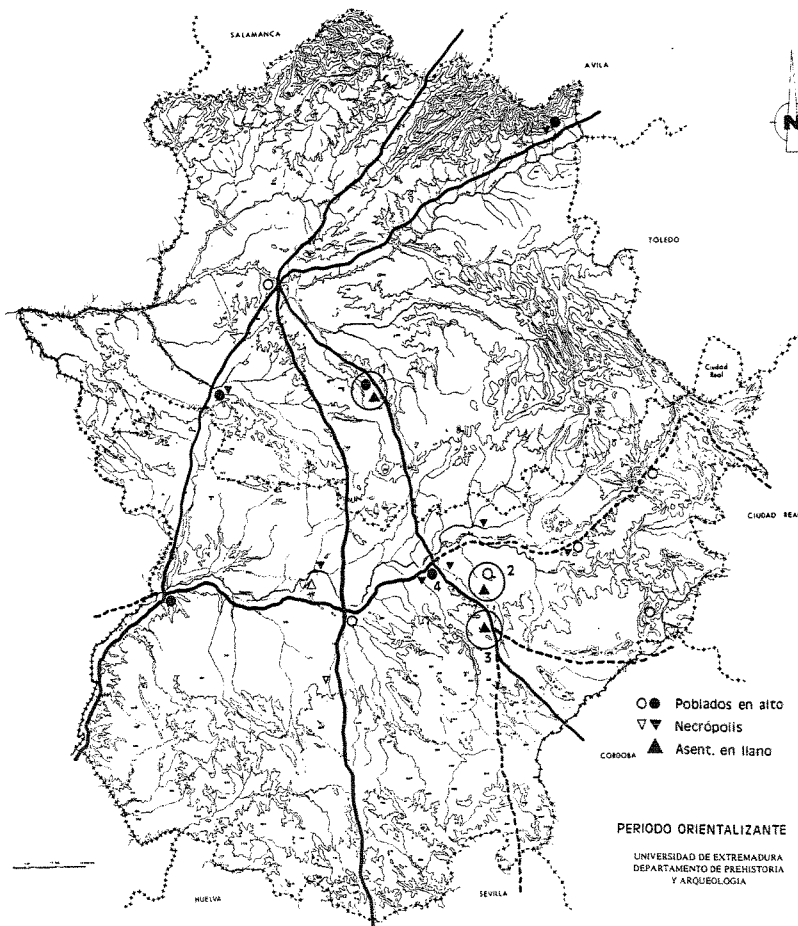


Fig. 2.- Rutas y poblamiento orientalizante en el Valle Medio del Guadiana-Tajo. 1: Torrejón y Sierra del Risco (Cáceres); 2: Campanario-Magacela; 3: Cancho Roano y 4: Medellín.

Pero aparte de estos hábitats de altura, en la actual región extremeña nos encontramos, además, ante un conjunto creciente de hallazgos correspondientes a asentamientos en el llano, notablemente diversos entre sí, que revelan al menos una ocupación inequívoca entre los siglos VI-V a. C., si bien una valoración estratigráfica ajustada de los mismos podría remontar sus comienzos a fechas anteriores. Son enclaves en los que el adobe y la piedra delimitan plantas y edificios de incuestionable raigambre mediterráneo-oriental que contrastan abiertamente con los sistemas constructivos tradicionales del Bronce Final. Dichos asentamientos se ubican preferentemente junto caminos o rutas de primer orden en las relaciones con el Guadalquivir o La Meseta y, aunque en apariencia parecen constituir núcleos aislados, cada vez parece más evidente su vinculación con los poblados del primer grupo o «de tradición indígena». Precisamente, el demostrar desde el registro arqueológico dichos vínculos constituye, en nuestra opinión, una de las más sugerentes y atractivas líneas de investigación que puedan plantearse en estos momentos y, al mismo

tiempo, que más aspectos puedan aportar al conocimiento de los particularismos del fenómeno orientalizante en esta zona. Aunque resultaría muy complejo definir la categoría socioeconómica del conjunto de estos enclaves, en algunos casos concretos se observa un claro predominio de las actividades agrícolas y comerciales respecto a otras. Tampoco hemos de olvidar en este sentido su propio valor estratégico, derivado de su localización en, o las proximidades de, las principales arterias de comunicación de la región y en las áreas donde se infieren mayores concentraciones demográficas durante el tránsito del Bronce Final al Período Orientalizante. Entre los ejemplos más recientemente documentados, hemos de referir, en el Tajo Medio, el complejo arquitectónico del Torrejón de Abajo de Cáceres (García-Hoz y Alvarez, 1991) y, ya en el Valle Medio del Guadiana, el conjunto arqueológico Campanario-Magacela¹ y el conocido Palacio-Santuario de Cancho Roano de Zalamea de la Serena (Maluquer de Motes, 1981 y 1983; Maluquer y otros, 1986; Celestino y Jiménez, e.p.) (Fig. 2).

A partir de los trabajos de urgencia que el MAP.

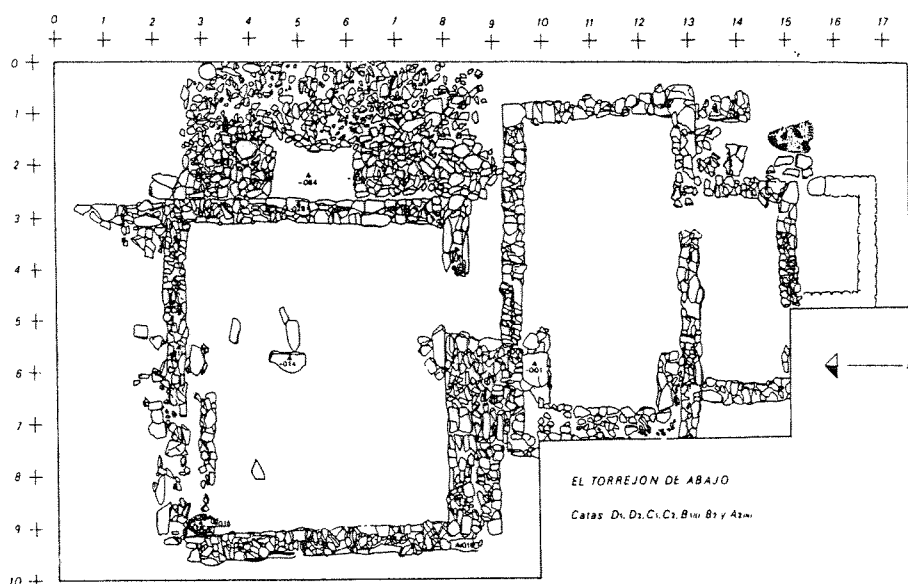


Fig. 3. B.— El Torrejón de Abajo (Cáceres).

de Cáceres llevó a cabo en 1989 en la finca del Torrejón de Abajo de Cáceres, pudieron recuperarse los restos constructivos de un edificio que desde entonces vienen valorándose como un posible santuario, de planta casi cuadrada, al que se accede a través de una entrada de eje acodado y precedido de una zona cuidadosamente empedrada donde se abrió una fosa que apareció colmatada de tierra muy quemada. En un último momento, esta construcción, perfectamente orientada de N a S, parece ser que fue clausurada con un acto funerario del que han llegado hasta nosotros una vasija cerámica y un magnífico lote de bronce orientalizantes. Dichos hallazgos están decorados con representaciones de felinos y Astarté y se han considerado parte de un lecho funerario fechable en las postrimerías del siglo VI a. C. (García-Hoz Rosales, 1991). A nuestro juicio y en virtud de la constatación de nuevas estructuras de habitación en las intervenciones posteriores a 1989³, este lugar podría constituir en su conjunto un pequeño hábitat cuya organización interna parece estructurarse efectivamente en torno a un edificio de mayores proporciones con un posible contenido simbólico-religioso y/o económico. De este modo, tanto las estancias inmediatas como las más alejadas a ese lugar central y principal del asentamiento, son de planta rectangular y aparecen repletas de grandes vasijas de almacén que nos ponen en clara relación con ámbitos de actividad humana y no con un contexto funerario ni exclusivamente religioso. Asimismo, el desarrollo de dichas construcciones deja entrever igualmente un trazado general muy regular de innegable filiación mediterránea. Esta valoración

se corresponde perfectamente con las consideraciones realizadas sobre los propios bronce y los materiales que empiezan a estudiarse en estos días, los cuales podrían remontar los orígenes de este enclave a una cronología algo anterior. Finalmente, la pobreza del entorno y la escasa extensión del propio asentamiento obliga casi a relacionar su existencia más con su proximidad a una de las principales rutas hacia la Meseta que con una explotación económica intensiva de la zona, si bien no hemos de infravalorar en ningún momento su probable esencia comercial (Fig. 3, B).

Sobre esta misma ruta y tan solo a unos 4 km. al Norte, se encuentra el poblado indígena de la Sierra del Risco, donde durante el mes de febrero de 1991 llevamos a cabo junto al Dr. Enríquez Navascués una rápida excavación de urgencia. Se trata de una zona montuosa y de un gran potencial ganadero, pero su interés real radica en la gran extensión que visualmente se domina desde su cima. En este sentido, podemos concretar en un sentido amplio el control de toda la penillanura trujillano-cacereña y, más concretamente, del camino natural que, desde el Valle Medio del Guadiana y a través de Medellín y el propio asentamiento del Torrejón, se adentra hasta Alconétar y continúa hacia Béjar o Tornavacas. Aunque la información obtenida aún se encuentra en estudio, podemos anticipar la constatación de una ocupación dispersa del lugar durante el Bronce Final y el Período Orientalizante, pero sin atrevernos por el momento a sugerir unos límites cronológicos precisos. De cualquier forma, lo que parece innegable es su filiación indígena en función de los materiales recuperados y

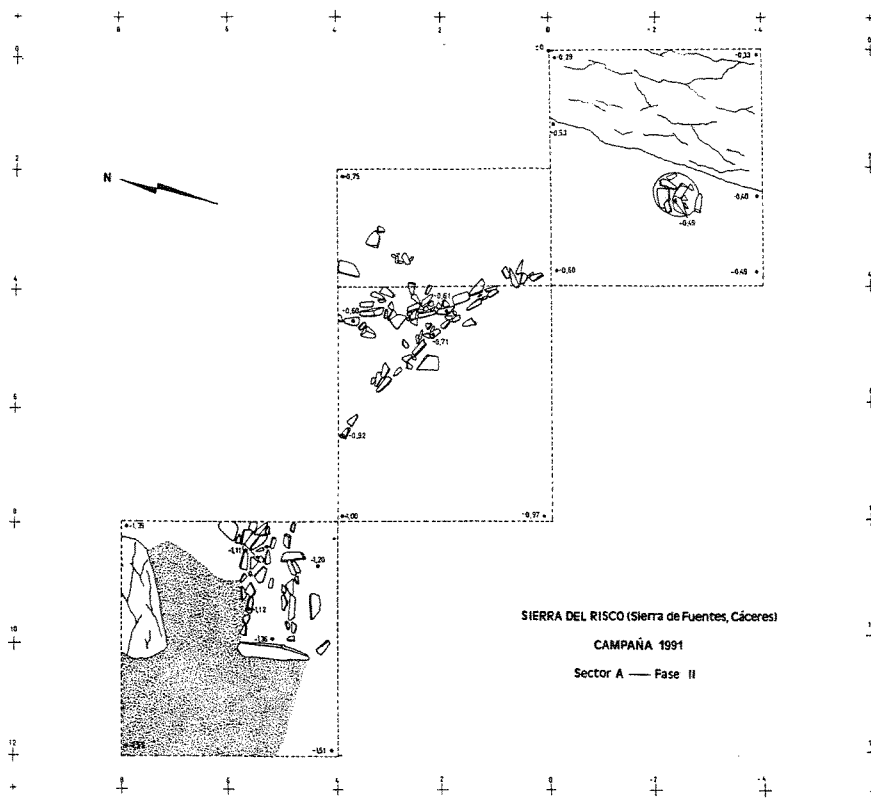


Fig. 3. A.— Estructuras del poblado de la Sierra del Risco.

de los restos de grandes espacios de planta oval o circular que podrían estar relacionados con zonas de hábitat o almacén (Fig. 3, A). La presencia de cerámicas torneadas de calidad y tipos diversos parece apuntar hacia una posible relación comercial con las gentes del Torrejón, si bien este extremo está siendo objeto de un estudio particular. De cualquier forma, una primera valoración conjunta de ambos yacimientos deja entrever un interés muy especial por el control de una ruta comercial hacia la Meseta, que necesariamente se inscribe en una estrategia de ocupación del territorio a mayor escala y que en sentido contrario (hacia el Sur) nos aproxima de un modo directo al Valle Medio del Guadiana (Fig. 2, núm. 1).

Es precisamente en dicha zona, y más concretamente en la comarca de La Serena, donde se sitúa el descubrimiento reciente del ya citado conjunto arqueológico Campanario-Magacela (Fig. 2, núm. 2). Dicho conjunto, que a distinta escala reproduce el esquema visto en el Tajo Medio, está configurado por un posible asentamiento en llano de clara raigambre orientalizante, dominado por un gran edificio de adobes con una carga simbólica innegable, al que se asocia una extensa necrópolis. Escasamente a 4 km. al

Norte, se encuentra Magacela, cuyo entorno está plagado de ejemplos que confirman no sólo su ocupación protohistórica sino su carácter principal en el contexto del poblamiento indígena de esta comarca badajocense (Almagro Gorbea, 1977).

Pero, sin duda, el ejemplo más emblemático y relevante de asentamientos de filiación mediterráneo-oriental lo continúa representando Cancho Roano, cuya relación con un poblado indígena nunca se ha discutido aunque hasta el momento no ha podido ser confirmada (Fig. 2, núm. 3). No obstante, es perfectamente comprensible que la excepcionalidad y complejidad de este lugar hayan canalizado su investigación hacia aspectos fundamentalmente relacionados con su articulación interna y su significado social en detrimento de una valoración destinada a integrar dicha construcción en el todavía mal conocido poblamiento orientalizante de esta zona. De este modo, los resultados obtenidos en los últimos años están siendo particularmente interesantes para comprender su función originaria y los mecanismos reales que rigieron las relaciones entre sus moradores y el resto de la población. En líneas generales y según su excavador actual, la función económica verdadera de Cancho

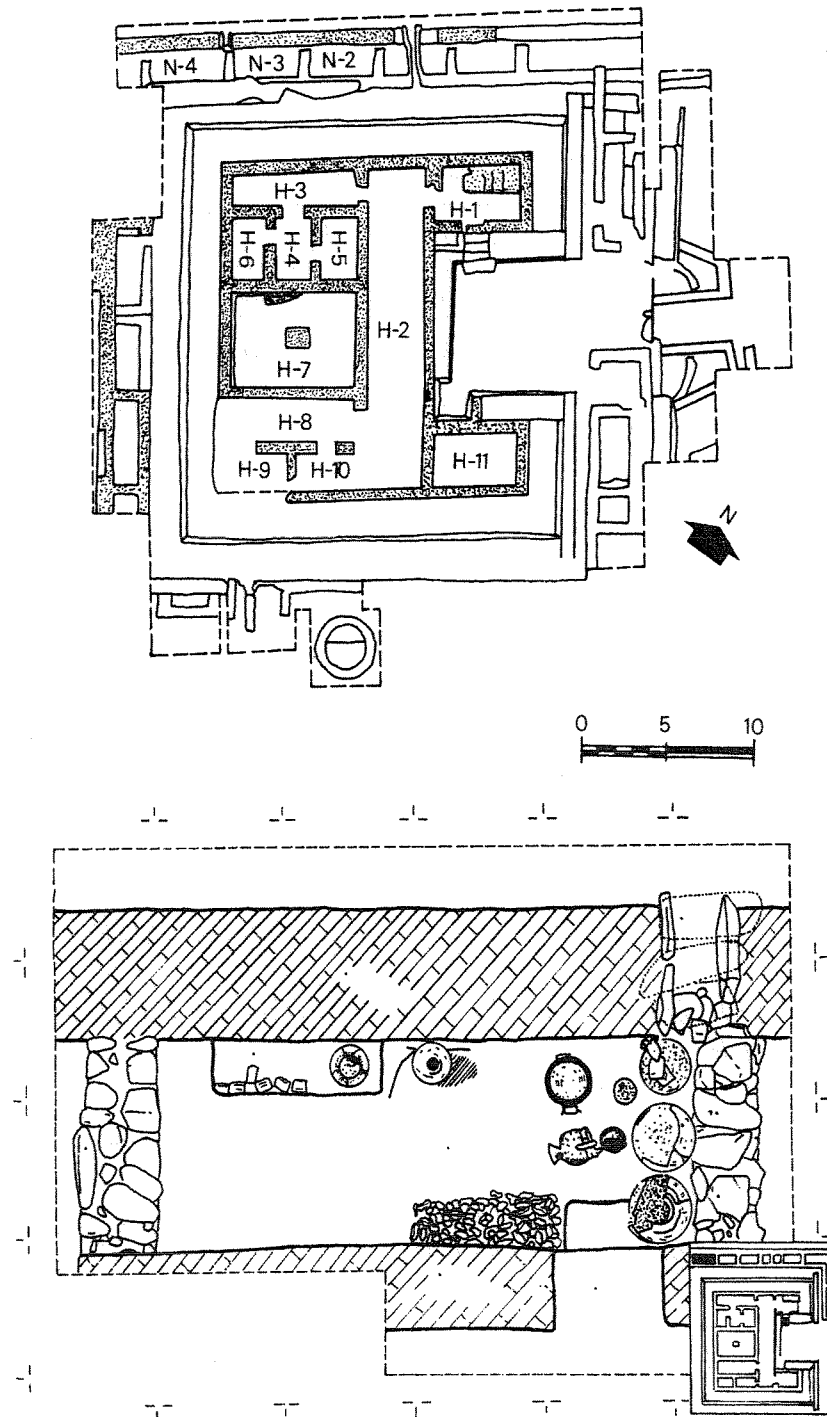


Fig. 4.- Ofrenda documentada en el sector N de Cancho Roano, según Celestino y Jiménez (1989)

Roano, ya desposeído del carácter funerario que le conferían las primeras investigaciones, debió girar en torno a la explotación agrícola de la zona y su significación parece estar claramente vinculada a las de un gran santuario que capitalizó todo tipo de transacciones con la población indígena mediante regulados mecanismos políticos y religiosos (Celestino y Jiménez, e.p.; Celestino Pérez, 1992). En este sentido, ha

sido clave la información recuperada de la excavación de los alrededores inmediatos al edificio exhumado por Maluquer al comprobar la inexistencia de espacio funerario alguno y sí en cambio una serie estancias perimetrales en las que se practicaron complejas ceremonias y ofrendas que tuvieron como contrapartida principal importantes cantidades de grano y frutos diversos (Celestino y Jiménez, 1989; Celestino Pérez,

1992: 31; Almagro Gorbea, 1991b) (Fig. 4). Dichos tributos se depositaron en ánforas y grandes vasijas del mismo tipo que las que, según Maluquer (1981), aparecieron almacenadas en una de las habitaciones del propio edificio (Guerrero Ayuso, 1991). En este contexto de relación comercial continuada con la población indígena, incluso podrían adquirir un nuevo sentido y una mayor justificación las importantes cantidades de objetos de lujo importados o elaborados en este mismo centro (telas, bronce, joyas, marfiles, etc.) En suma y como S. Celestino ha comentado ya en diversos trabajos, el comercio debió ser, sin duda, la faceta más sobresaliente de este enclave y, aunque debieron ser muchas y diversas las circunstancias por las debió atravesar su control y gestión, muy probablemente nunca llegara a perder su esencia a lo largo de toda su historia. Una historia que, por otra parte, se nos muestra cada vez más dilatada, como ponen de manifiesto los restos muebles más arcaicos recuperados hasta el momento³ (Maluquer de Motes, 1981) y la existencia de un edificio anterior bajo el actual, cuya cronología aún no se ha precisado pero del que poco a poco va conociéndose su estructura. Por todo ello, no resultaría difícil imaginar que nuestra óptica sobre esta singular construcción subraya desde sus todavía imprecisos orígenes su faceta de gran santuario de filiación oriental que, desde su destacada posición topográfica, debió de presidir y sacralizar toda la actividad comercial de un complejo urbano que muy probablemente se encuentre en sus inmediaciones y no excesivamente alejado de uno o varios poblados indígenas. En función de estos resultados y de los nuevos hallazgos que se han producido en La Serena y en el Tajo Medio, todo parece indicar —como ya intuyera Maluquer hace algunos años— que la exclusividad de este edificio no es tal y que su integración dentro de una muy particular estrategia de control del territorio parece ser cada vez más evidente. Una estrategia no exenta de connotaciones coloniales y que, como ya comentamos anteriormente, parece ser el reflejo del máximo grado alcanzado en la consolidación y regularización de los contactos seculares entre esta zona y el Bajo Guadalquivir.

Pero, ante todo, hemos de convenir que la proliferación de este tipo de asentamientos en Extremadura comienza a configurarse como uno de los aspectos más singulares y diferenciadores de este territorio respecto a otros ámbitos de la periferia tartésica, como son Andalucía Oriental o Levante, e incluso la propia Andalucía Occidental. Si bien esta circunstancia

podría obedecer a un estado coyuntural de la investigación, es evidente que hoy por hoy su propia existencia suscita una amplia y encadenada serie de interrogantes, dentro del marco global de las formas de contacto y las relaciones internas del mundo tartésico. Entre dichas cuestiones, de muy difícil respuesta todavía, destacamos las relativas a sus orígenes y filiación de sus fundadores, su función económica y posible relación con los poblados de tradición indígena, su diversa entidad y significado sociocultural y, por último, las causas y circunstancias de su abandono definitivo. En suma, se trata de continuar progresando en el conocimiento de los particularismos que el fenómeno orientalizante parece conllevar en la zona objeto de estudio, ya que en este instante de la investigación cabría hasta plantearse si el panorama poblacional que actualmente conocemos en los valles medios del Guadiana y Tajo no es más que una cortina de humo que oculte, en mayor o menor medida, la auténtica realidad; si parte de lo descubierto es exclusivamente efecto o puede ser también causa del propio proceso orientalizante.

En relación a la primera de las cuestiones planteadas, la referida a la cronología inicial y filiación de los impulsores de estos núcleos, hemos de admitir que si la tipología evolucionada de los materiales procedentes de algunos de ellos nos remite a una fase avanzada del Período Orientalizante, no resulta menos cierto que dichos problemas únicamente podrán resolverse mediante una ajustada valoración estratigráfica de estos centros, en general, y del propio complejo de Cancho Roano, en particular. Hoy, tan sólo puede aportarse en este sentido el hecho de «la existencia de un edificio bajo el actual, en un estado de conservación sorprendente, conservando sus paredes de adobe enlucidas, los suelos rojos intactos y una gran cantidad de material cerámico, a primera vista, de factura más antigua que los hallados en el edificio principal». En función de ello, todo parece indicar que los restos constructivos hoy visibles de Cancho Roano, fechados entre los siglos VI–V a. C., forman parte de un largo proceso cuyos comienzos, a la luz de los trabajos más recientes, cada vez más se aproximan al tránsito de los siglos VII–VI a. C.³. Pero, además, el conocimiento de esta planta anterior así como de su cronología exacta constituyen aspectos fundamentales para entender las causas del «posible cambio socioeconómico o religioso que obligó a replantear o construir un nuevo edificio» (Celestino Pérez, 1992: 31). A pesar de que esas causas que motivaron la ruina del

edificio antiguo y la construcción del que vemos actualmente aún permanecen ocultas, no resultaría ilógico estimar como hipótesis de trabajo que dichos acontecimientos pudieran estar relacionados con los profundos cambios socioeconómicos y culturales que se desencadenaron a mediados del siglo VI a. C. en todo el sur peninsular y que se concretan en «la transición de la fase fenicia a la fase púnica en Occidente» (Aubet Semmler, 1987: 276). Si escurridizos se nos muestran todos estos aspectos mucho más lo es, en nuestra opinión, determinar quiénes configuraron la base poblacional de este lugar en un primer momento. Aunque tanto las técnicas como los arquetipos constructivos reafirman los vínculos de ambos edificios (el más antiguo y el más reciente) con el Mediterráneo Oriental, quizás más arriesgado y prematuro resultaría aceptar que fueran fenicios sus fundadores. Sin embargo y a pesar de la incertidumbre que genera el vacío arqueológico existente en este tema, no podemos dejar de plantear que si no lo fueron en el más puro sentido del término, sí al menos debieron ser gentes tremendamente aculturadas o muy estrechamente vinculadas con aquéllos y todo lo que representan en el Occidente Mediterráneo, en general, y en el Suroeste peninsular, en particular. En este sentido sumamente ilustrativos serán, a buen seguro, los resultados que la investigación futura pueda reportar en torno a sus todavía desconocidos ritos y hábitos funerarios.

Pero mientras esto sucede, no menos atractivas nos resultan las cuestiones que estos núcleos orientalizantes sugieren sobre su función originaria y su posible relación con los poblados de tradición indígena. En esta línea, sabido es que la cronología avanzada de dichos núcleos ha contribuido también a valorarlos dentro de los efectos provocados por la reorganización agraria que debió caracterizar al Período Orientalizante y, por consiguiente, como claros exponentes de la aculturación de las comunidades tradicionales del Bronce Final (Almagro Gorbea, 1990a). Sin cuestionar que así sucediera en algunos casos, parece evidente que, en función de los resultados cronoestratigráficos obtenidos en Cancho Roano, no hemos de descartar otras opciones interpretativas que traten de explicar la aparición de este tipo de edificios en esta región y que, a su vez, podrían imbricarse más o menos con otras aportaciones recientes sobre estos aspectos (López Pardo, 1990). En este sentido, hemos de admitir que los últimos trabajos en Cancho Roano invitan a implicar en mayor grado este tipo de cons-

trucciones en el proceso orientalizador de este territorio y, por tanto, a considerarlas parte destacada en el círculo económico periférico surgido en el marco del modelo comercial de «expansión concéntrica» a través del cual pretendemos valorar las relaciones entre Tartessos y el interior peninsular (Aubet Semmler, 1990). De esta forma y como simple hipótesis de trabajo, Cancho Roano como complejo urbano de rai-gambre oriental, en el confín septentrional de Tartessos, junto al resto de los hábitats del llano recientemente descubiertos podrían haber constituido en sus comienzos verdaderos centros de mercado que, en su conjunto, parecen conjugar perfectamente la mezcla de intereses mediterráneos y tartésicos en esta zona: la explotación intensiva de recursos metalogénicos, agropecuarios y el control de las principales rutas naturales hacia la Meseta. Estos «enclaves interiores», directamente relacionados con las aristocracias del Bajo Guadalquivir e indirectamente quizá también núcleos satélites de Gadir, aunarían cometidos económicos y político-religiosos y su funcionamiento interno debió estar regido por unas normas de conducta propias de comunidades con plena autonomía y muy bien estructuradas. De igual modo, resultaría fácil deducir que dichos centros de intercambio, punto de encuentro entre grupos posiblemente diversos o al menos fronterizos, acabarían constituyéndose en importantes «células de orientalización» de las comunidades autóctonas que realimentarían el proceso aculturador puesto ya de manifiesto, quizá a través de mecanismos diferentes, en los cambios rituales e ideológico-religiosos estudiados en la tan citada necrópolis de Medellín (Almagro Gorbea, 1991a) o la de la desembocadura del río Aljucén (Enríquez y Domínguez, 1990) y otros hallazgos descontextualizados suficientemente conocidos (Almagro Gorbea, 1977). En función de estos lugares-santuario, igualmente cabría valorar la presencia en esta zona de representaciones tan emblemáticas en el mundo mediterráneo como la del «Smiting-God» de Medina de las Torres, que tan notablemente debieron influir en el control y programación de la vida económica y espiritual de ciertas comunidades indígenas y, por ende, contribuir a la perpetuación y prolongación del propio sistema comercial. Sin embargo, hemos de convenir que la diversidad interna de estos asentamientos deja entrever que no todos debieron gozar de la misma entidad, ni poseer idéntica significación sociocultural o categoría económica, ni incluso correr la misma historia. Obviamente, a través de un conocimiento más profun-

do de estos núcleos podremos aproximarnos también en un futuro a la valoración de las pautas y las diferencias interregionales del proceso orientalizante en este amplio espacio geográfico así como a una evaluación diferenciada de las repercusiones negativas que para el mismo tuvo el fin de Tartessos. En este contexto, no resultaría difícil comprender y justificar ya, por un lado, la especial intensidad que la orientalización alcanzó en zonas como La Serena, una de las de mayor concentración demográfica tradicionalmente en la Cuenca Media del Guadiana y ámbito geográfico de Cancho Roano y del conjunto arqueológico Campanario-Magacela; y, por otro, la proyección de dicho proceso a través de caminos y rutas —preexistentes o de nueva creación— hacia la Meseta (complejo Sierra del Risco-Torrejón de Abajo). Pero obligado es reconocer, para concluir, que tanta insistencia en lo teórico, en el ámbito de lo hipotético-deductivo, en gran parte viene justificada por la falta de información arqueológica y que la certeza o la negación de estos planteamientos pasa inexcusablemente por un análisis profundo e interrelacionado de estas construcciones orientalizantes con los poblados de tradición indígena.

En definitiva, lo cierto es que el panorama poblacional orientalizante surgido en las cuencas medias del Guadiana y Tajo y configurado por hábitats tan diversos se nos muestra por el momento muy distinto al analizado en los últimos años en la propia Tartessos u otros ámbitos periféricos. Ni que decir tiene que, a partir de ahora, se impone la programación de intervenciones arqueológicas que generen nueva información y oxigenen la existente para ampliar aún más la parcial visión que poseemos sobre todas las cuestiones planteadas. Son precisos sondeos estratigráficos y excavaciones sistemáticas que nos permitan, por una parte, conocer con mayor intensidad la periodización de esta etapa y, por otra, contrastar y conjugar aún más la evidente diversidad tipológica de los asentamientos: los poblados en altura como Medellín o Magacela, exponentes de un tipo de asentamiento tradicional; los complejos arquitectónicos del llano como Cancho Roano o el Torrejón de Abajo, al parecer reflejo de la interacción de los intereses tartesios y/o fenicios en el interior; e incluso los pequeños núcleos agrícolas a los que debieron asociarse conjuntos funerarios como el de la desembocadura del río Aljucén (Enríquez y Domínguez, 1990; Enríquez Navascués, 1991). En su conjunto, como hemos tenido ocasión de comprobar, todos estos asentamientos

ofrecen una imagen tan desigual como particular del poblamiento orientalizante en este territorio, cuya explicación no ha de excluir «a priori» ninguna de las hipótesis hasta ahora planteadas sobre su esencia y coexistencia: ni las que propugnan una orientalización global de la población indígena; ni aquellas que sugieren la ya referida consolidación y expansión hacia el interior peninsular de un sistema comercial diseñado y controlado desde Gadir; ni, por último, las que defienden una revitalización del comercio griego en tierras interiores, una vez concluida la hegemonía tartésica. Por todo ello, la información con que contamos actualmente quizá no deba ni pueda ser valorada por el momento más que como otro rasgo definidor de «la extensión y la articulación interna del mundo tartésico» (Almagro Gorbea, 1990a: 97), junto a los que insinúan la toponimia, la epigrafía, los ritos sepulcrales o el propio carácter fronterizo de esta zona.

1.3. El ocaso y final de un sistema económico y cultural

La realidad arqueológica de la fase final de la necrópolis de Medellín y del edificio hoy visible de Cancho Roano (quizá ya con un significado social distinto al de sus orígenes, pero con su misma esencia comercial) nos sitúa ya en unos momentos de los siglos VI-V a. C. bastante confusos y oscuros para el mundo tartésico, en los que en un segmento temporal muy corto se conjugan coyunturas tan relevantes como el declive del comercio fenicio-púnico y griego en toda la costa sur peninsular, la crisis de la minería de Andalucía Occidental y la reactivación de la periferia tartésica a expensas de posibles desplazamientos de población tartésica y del comercio griego (Celestino y Jiménez, e.p.; Cabrera, 1987; Fernández Jurado, 1988-89; Aubet Semmler, 1990). Son todos ellos aspectos que, en mayor o menor medida, se vislumbran en Cancho Roano, ya que está fuera de toda duda la componente púnica de la mayoría «de los objetos de lujo aparecidos en este lugar, pudiendo haber sido ese comercio el que introdujera los objetos de procedencia egipcia, etrusca o suritálica. En este sentido, cabe destacar la presencia en exclusiva de ánforas de tradición fenicio-púnica. Todos estos materiales sólo se verán superados, sin duda en un momento postrero, por las importaciones griegas, basadas exclusivamente en los vasos cerámicos de lujo» (Celestino Pérez, 1992: 30-31).

Pero ese mayor protagonismo de la periferia tartésica en esta etapa, que cristalizó en otras zonas en el surgimiento de la Cultura Ibérica merced al comercio griego, resultó particularmente efímero en el Guadiana Medio, si bien no descartamos la llegada a este espacio de manifestaciones e influjos culturales del Sureste que hoy sólo entrevemos a través de hallazgos más recientes y que trataremos más adelante. Esta fase, como es bien sabido, nos ofrece ya un panorama mucho más diferenciado en todo el SW como consecuencia directa de las diferentes respuestas dadas a la crisis de finales del siglo VI o comienzos del V en las antiguas áreas tartésicas y que se materializaron en el surgimiento del mundo turdetano (Fernández Jurado, 1987; Escacena Carrasco, 1987 y 1989). En el Valle Medio del Guadiana, hemos de subrayar que, durante el tránsito al siglo IV a. C. y dentro de un momento igualmente crítico para el Suroeste (el 400 a. C.), al fin súbito de Cancho Roano —con carácter ritual o no— probablemente se une también el abandono definitivo de los restantes «asentamientos del llano» estudiados en el apartado anterior y con ellos el desmoronamiento de un sistema económico comercial y el eclipse de los valores culturales orientalizantes (Rodríguez Díaz, 1990 y e.p.). Por su parte, los poblados de altura indígenas sólo prolongarán su ocupación en aquellos casos en que siga interesando el control de un vado o de zonas especialmente significativas en cuanto a su potencial agrícola o minero, porque la mayor parte de los castros del Hierro II se ubicarán en puntos no habitados anteriormente. La fundación de dichos asentamientos castreños aparece claramente vinculada económica y culturalmente a las poblaciones ganaderas de la Meseta que, según los propios autores clásicos, comienzan a proyectarse a partir de estos momentos hacia el Sur. De todo ello, podría inferirse incluso que el impacto orientalizante en el área que nos ocupa pudo ser más o menos acusado en la vertiente sociocultural pero bastante limitado en lo económico a pesar de las notables innovaciones tecnológicas que reportó. No obstante, hemos de admitir que ésta es tan solo una simple consideración basada exclusivamente en las consecuencias del poblamiento orientalizante y no en el conocimiento de su propia evolución. Recordemos en este sentido que en Andalucía Occidental, como otro hecho diferenciador respecto al Valle Medio del Guadiana, durante el Hierro II no se conoce «casi nunca la inauguración de nuevos asentamientos. Todos los poblados habían sido fundados con anterioridad, bien como fenómeno aso-

ciado al aumento demográfico producido entre los siglos IX–VIII a. C., bien como consecuencia del asentamiento de poblaciones aún más antiguas» (Escacena Carrasco, 1989: 450).

Cáceres, verano del 92

ALONSO RODRIGUEZ DIAZ
Area de Arqueología-Prehistoria
Dpto. de Historia.
Facultad Filosofía y Letras.
Universidad de Extremadura
10.004 Cáceres

AGRADECIMIENTOS

Muchos de los aspectos recogidos en el presente trabajo son el fruto de la discusión, siempre provechosa, con amigos tan entrañables como Milagro Gil-Mascarell, Pablo Ortiz, Juan-Javier Enríquez, Sebastián Celestino, Ignacio Pavón, Rafi Cabello o Ana Hernández. A todos ellos mi gratitud por sus opiniones y sugerencias.

NOTAS

- 1 Trabajos en curso bajo la dirección de P. Ortiz Romero y A. Rodríguez Díaz, incluidos en el Proyecto «Extremadura Protohistórica» (EXPRO).
- 2 Información inédita que agradecemos a Dña. Concepción García-Hoz Rosales.
- 3 Nos referimos a ciertos objetos que, aunque contextualizados en la fase final del edificio, se sitúan en pleno siglo VI a. C., como un arbaldo de Naucrátis, un alabastrón, un infundíbulo, el despotes theron, etc.
- 4 Agradecemos la información a D. Sebastián Celestino Pérez.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1987): *La minería en Extremadura*. Mérida.
- AA. VV. (1989): «Fronteras». *Arqueología Espacial*, 13. Teruel.
- ABASOLO ALVAREZ, J. A.; RUIZ, y PEREZ, F. (1983): «Castrojeriz, I. El vertedero de la Colegiata». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17. 91-319.
- ALBERTOS FIRMAT, M. L. (1975): «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua». *Studia Archaeologica*, 37.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): «Los Campos de Túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 83. Madrid.
- (1976-78): «La iberización de las zonas orientales de la Meseta Sur». *Ampurias*, 38-40. 93-156.

- (1977): «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura». *BPH.*, XIV. Madrid.
- (1983): «Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Ibérica». *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. Pise-Rome. 429-461.
- (1989): «Arqueología e Historia Antigua. El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo». *Gerión. Anejos, II. Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Pfr. Santiago Montero Díaz*. 277-288.
- (1990a): «El Período Orientalizante en Extremadura». *La Cultura Tartésica en Extremadura*. Mérida.
- (1990b): «Segunda Edad del Hierro. La celtización de la Península Ibérica». *Historia de España, I*. Ed. Planeta. Madrid. 554-562.
- (1991a): «La necrópolis de Medellín». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica, II*. 159-173.
- (1991b): «La alimentación en el palacio orientalizante de Cancho Roano». *Gerión. Anejos III. Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*. 95-114.
- ALMAGRO GORBEA, M. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): «El Palacio de Cancho Roano: paralelos arquitectónicos y funcionales». *Zephyrus, XLI-XLII*.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. y LOPEZ AMBITE, F. (1990): «Cancho Roano, un palacio orientalizante en la Península Ibérica». *Madrider Mitteilungen, 31*.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO ALVARADO, L. A. (1986): «El castro de Entreríos (Badajoz)». *Rev. de Estudios Extremeños, XLII-III*. 617-631.
- (1987): «La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica». *I Simposium sobre los Celtíberos*. Daroca, 1986. 105-122.
- ALVAR, J. y GONZALEZ WAGNER, C. (1988): «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica». *Gerión, 6*. 169-186.
- ALVAREZ ROJAS, A. y GIL MONTES, J. (1988): «Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el Ier. milenio a. C. en Extremadura». *Trabajos de Prehistoria, 45*. 305-316.
- ALVAREZ S. DE BURUAGA, J. (1970): «Un exvoto de bronce a Ataecina-Proserpina en el Museo de Mérida». *XI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza. 827-830.
- ALVAREZ SANCHIS, J. R. (1990): «Los verracos del Valle del Amblés (Avila): del análisis espacial a la interpretación socioeconómica». *Trabajos de Prehistoria, 47*. 201-233.
- ALVES DIAS, M.; BEIRAO, C. M. e COELHO, L. (1970): «Duas necrópolis da Idade do Ferro no Baixo-Alentejo: Ourique (Noticia preliminar)». *O Arqueólogo Português, Serie III, IV*. 175-219.
- ARNAUD, J. e JUDICE GAMITO, T. (1974-77): «Cerâmicas estampilhadas da Idade do Ferro no sul de Portugal. I.-Cabeça de Vaíamonte-Monforte». *O Arqueólogo Português, VII-IX*. 165-200.
- AUBÉ SEMMLER, M. E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- (1990): «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción». *La Cultura Tartésica y Extremadura*. Mérida. 31-44.
- BALMORI, H. (1935): «Aaecina, Adaegina». *Emerita, 3*. 214-224.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G. (1985): «Introducción geográfica a la Historia de Extremadura». *Historia de Extremadura, I*. Badajoz. 13-60.
- (1990): *Geografía de Extremadura*. Ed. Universitas. Badajoz.
- BARRIO MARTIN, J. (1988): *Las cerâmicas de la necrópolis de Las Erijuelas (Cuéllar, Segovia)*. Estudio de sus producciones cerâmicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte. Segovia.
- BEIRAO, C. M. (1986): *Une civilisation protohistorique du Sud de Portugal (Ier. Age du Fer)*. París.
- BEIRAO, C. M., TAVARES, C., SOARES, J. VARELA, M. y VARELA, R. (1985): «Depósito votivo de II Idade do Ferro de Garvao. Noticia da primeira campanha de escavações». *O Arqueólogo Português, 3. Serie IV*. 45-135.
- BENDALA GALAN, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos». *Habis, 8*. 177-205.
- (1985): «Tartessos». *Historia General de España y América, I-1*. Madrid. 593-640.
- BERROCAL RANGEL, L. (1988): *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica)*, I. Serie Nertobriguense, I. Fregenal de la Sierra.
- (1989a): «Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental». *Trabajos de Prehistoria, 46*. 279-291.
- (1989b): «El asentamiento "céltico" del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)». *CuPAUAM., 16*. 245-295.
- (1990): «Materiales cerâmicos a mano de una necrópolis nertobriguense (EL Cantamento de la Pepina, Badajoz)». *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 311-316.
- BLASCO BOSQUED, C. (1987): «La España celtibérica: La Segunda Edad del Hierro en la Meseta». *Historia General de España y América, I-2*. Madrid. 297-327.
- (1989): «El fenómeno céltico». *Los celtas en el Valle Medio del Ebro*. Zaragoza. 15-38.
- BLAZQUEZ MARTINEZ, J. M. (1957): «La economía ganadera de la España prerromana a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas». *Emerita, XXV*. 159-184.
- (1962): «Bronces prerromanos del Museo Arqueológico de Cáceres». *Archivo Español de Arqueología, XXXV*. 129-131.
- (1968): «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto». *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona. 191-269.
- BUENO, P.; MUNICIO, L.; ALVARADO, M. y GONZALEZ, A. (1988): «El yacimiento de El Jardinero (Valencia de Alcántara, Cáceres)». *Extremadura Arqueológica, I*. 89-102.
- BURILLO MOZOTA, F. (1989): «Poblamiento y cultura material». *Los celtas en el Valle Medio del Ebro*. Zaragoza. 67-98.
- BUSTOS PRETEL, V. et alii (1989): «Estudio faunístico del yacimiento de Villasviejas (Botija, Cáceres)». En HERNANDEZ HERNANDEZ, F. et alii: *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida, 1989.
- CABALLERO ZOREDA, L. y ROSCO MADRUGA, J. (1988): «Iglesia visigoda de Santa Lucía del Trampal, Alcuéscar (Cáceres). Primera campaña de trabajos arqueológicos,

- 1983-4». *Extremadura Arqueológica*, I. 231-249 (en particular, 240-241).
- CABELLO CAJA, R. (1992): *Relaciones culturales en la Cuenca Media del Tajo durante la Segunda Edad del Hierro. I, La cerámica pintada*. Tesis de Licenciatura. Inédita. Cáceres.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): «Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). I, El Castro». *MJSEA*, 110. Madrid.
- (1932): «Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). II, La Necrópolis». *MJSEA*, 120.
- CABRÉ, J., CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO, A. (1950): «El castro y necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)». *Acta Arqueológica Hispánica*, V.
- CABRERA, P. (1987): «Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V en Extremadura». *Oretum*, III. 220 y ss.
- CANTO DE GREGORIO, A. (e.p.): «La Beturia Férrica: un problema de transmisión pliniana (y corolarario para la *Tabula Siarensis*)». *Etudes Céltiques*.
- CARO BAROJA, J. (1946): *Los pueblos de España*. Madrid.
- CASTAÑOS UGARTE, P. M. (1987): «Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Badajoz)». En RODRIGUEZ DIAZ, A.: *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- (1988): «Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de la Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres)». *Extremadura Arqueológica*, I. 109-112.
- (1991a): «Estudio de los restos óseos del yacimiento de la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)». En RODRIGUEZ DIAZ, A.: *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*. Mérida. 247-258.
- (1991b): «Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución». *Rev. de Estudios Extremeños*, XLVII-I. 9-66.
- CASTIELLA RODRIGUEZ, A. (1977): «La Edad del Hierro en Navarra y Rioja». *Excavaciones en Navarra*, VIII. Pamplona.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1990): «Las estelas decoradas del Sur peninsular». *La Cultura tartésica y Extremadura*. Mérida. 45-62.
- (1991): «El yacimiento de Cancho Roano. Campañas 1986-1990». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II. Mérida-Cáceres. 185-198.
- (1992): «Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político religioso e influencia oriental». *RSF*, XVIII, 1.
- CELESTINO, S.; ENRIQUEZ, J. J. y RODRIGUEZ, A. (e.p.): «Paleoetnología de Extremadura». *Paleoetnogenésis y paleogeografía de la Península Ibérica*. Madrid, 1989.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ AVILA, F. J. (1989): «Una ofrenda en la estancia N-4 del Palacio-Santuario de Cancho Roano». *Archivo Español de Arqueología*, 62. 226-233.
- (E.p.): *Excavaciones en el Palacio-Santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz). El sector Norte*. Mérida. Agradecemos a los autores su consulta.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1969): «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico». *I Symposium de Prehistoria Peninsular*. 257-291.
- (1987): «La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)». *BPH*, XXIII. Madrid.
- DEL AMO Y DE LA HERA, M. (1978): «El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva». *Huelva Arqueológica*, IV. 299-340.
- DOMERGUE, C. (1970): «Un témoignage sur l'industrie minière et métallurgique du plomb dans la région d'Azuaga (Badajoz) pendant la guerre de Sertorius». *XIV CNA*. 608-625
- (1985): «Algunos aspectos de la explotación de las minas de la Hispania en la época republicana». *Pyrenae. Crónica Arqueológica*. 91-96.
- (1987): *Catalogue des mines et fonderies antiques de la Péninsule Ibérique. Série Archéologique*, VIII. Madrid. 2 vols.
- DOMINGUEZ DE LA CONCHA, M. C. y GARCIA BLANCO, J. (1991): «La Tabla de las Cañas (Capilla, Badajoz). Apuntes preliminares». *Extremadura Arqueológica*, II. 235-245.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1981): «Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz». *Rev. de Estudios Extremeños*, XXXVII, I. 47-56.
- (1988): «Algunas cerámicas decoradas del Castillo de Alange (Badajoz)». *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete.
- (1991): «Los restos de la necrópolis de la desembocadura del río Aljucén dentro del contexto orientalizante extremeño». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II. Mérida-Cáceres. 175-183.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. (1991): «Restos de una necrópolis orientalizante en la desembocadura del río Aljucén (Mérida, Badajoz)». *Saguntum*, 24. 35-52.
- ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. y HURTADO PEREZ, V. (1986): «Pre y protohistoria». *Historia de la Baja Extremadura*. Badajoz. 3-85.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1985): *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Mérida.
- (1988): «Campaña de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)». *Extremadura Arqueológica*, I. 113-128.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*. Tesis Doctoral. Ed. microfichas. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir». *Iberos. Actas sobre las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*. Jaén, 1985. 273-298.
- (1989): «Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida». *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell. 433-476.
- (1992): «Del bosque y de sus árboles». *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica*. Seminarios Fons Mellaria. Córdoba, 1991. 47-80.
- ESTEBAN ORTEGA, J. y SALAS MARTIN, J. (1988): «Primera campaña de excavaciones en el castro del Castillejo de Santiago del Campo (Cáceres)». *Extremadura Arqueológica*, I. 129-143.
- ESTEBAN ORTEGA, J., SÁNCHEZ ABAL, J. L. y FERNÁNDEZ CORRALES, J. M. (1988): *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Mérida-Cáceres.

- FERNANDEZ, J. M.; SAUCEDA, M. I. y RODRIGUEZ, A. (1988): «Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Badajoz)». *Extremadura Arqueológica*, I. 69-88.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda, I y II*. Ávila.
- FERNANDEZ JURADO, J. (1987): «El poblamiento ibérico en Huelva». *Iberos. Actas sobre las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*. Jaén, 1985. 315-326.
- (1988-89): «Tartessos y Huelva». *Huelva Arqueológica*, X-XI, I.
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1945): *España y los españoles hace dos mil años*. Madrid, 1986. 9ª.
- (1947): *La España del siglo I de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid, 1978. 3ª.
- GARCÍA y BELLIDO, M.P. (1991): «Las religiones orientales en la Península Ibérica: documentos numismáticos I» *AEsp* A.64. 37-81.
- GARCIA-HOZ ROSALES, C. (1991): «Los bronce orientalizantes del Torrejón de Abajo (Cáceres)». *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Barcelona. 457-474.
- GARCÍA-HOZ ROSALES, C. y ÁLVAREZ ROJAS, A. (1991): «El Torrejón de Abajo, Cáceres». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990. Extremadura Arqueológica, II*. Mérida- Cáceres. 199-209.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1971): «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua». *Archivo Español de Arqueología*, 44. 86-108.
- GARCIA MARTIN, P. (Coord.) (1991): *Cordeles, cañadas y veredas*. Valladolid.
- GARCIA MORENO, L. A. (1989): «Turdetanos, túrdulos y tartessos. Una hipótesis». *Gerión. Anejos II. Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Pfr. Santiago Montero Díaz*. 289-294.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. (1990): «Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero». *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 13-38.
- GARCIA-SOTO, E. y DE LA ROSA, R. (1990): «Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte». *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 305-310.
- GONZALEZ, A.; DE ALVARADO, M. y BLANCO, J. L. (E.p.): «Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres)».
- GONZÁLEZ, A.; HERNÁNDEZ, M.; CASTILLO, J. y TORRES, N. (1990): «Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura». *Studia Zamorensia*, XI. 129-160.
- GONZALEZ CORDERO, A. y QUIJADA GONZALEZ, D. (1991): *Los orígenes del Campa Arañuelo y la Jara Caceña y su integración en la prehistoria regional*. Navalmaral de la Mata.
- GONZALEZ PRATS, A. (1986): «Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente». *Los fenicios en la Península Ibérica*. Sabadell.
- (1990): *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante.
- GONZALEZ RODRIGUEZ, M. C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. Vitoria.
- GONZALEZ WAGNER, C. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos». *Archivo Español de Arqueología*, 56. 3-36.
- (1986): «Notas en torno a la aculturación de Tartessos». *Gerión*, 4. 129-160.
- GONZALEZ WAGNER, C. y ALVAR, J. (1989): «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola». *Rivista di Studi Fenici*, 17. 61 y ss.
- GUERRERO AYUSO, V. M. (1991): «El palacio-santuario de Cancho-Roano (Badajoz) y la comercialización de ánforas fenicias indígenas». *RSF.*, 19. 49-82.
- HARRISON, R. J. y MORENO, G. (1985): «El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios». *Trabajos de Prehistoria*, 42. 51-82.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1981): «Cerámica con decoración a peine». *Trabajos de Prehistoria*, 38. 317-326.
- (1991): «La necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990. Extremadura Arqueológica, II*. Mérida-Cáceres. 255-267.
- HERNANDEZ, F.; RODRIGUEZ, M. D. y SANCHEZ, M. A. (1986-87): «Hallazgo in situ de unos útiles de trabajo». *Zephyrus*, XXXIX-XL. 419-425.
- (1989): *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.
- JIMENEZ AVILA, F. J. (1990): *Estudio arqueológico del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz) y su entorno*. Tesis de Licenciatura. Inédita. Cáceres.
- JUDICE GAMITO, T. (1981): «A propósito do castro de Segovia (Elvas). Resistencia a Roma no Sudoeste peninsular». *Historia*, 29. 32-43.
- KLEIN, J. (1979): *La Mesta (Estudio de la Historia Económica Española 1273-1836)*. Madrid.
- KURTZ SCHAEFER, W. S. (1987): «La Necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)». *BAR. Internat. Series 344*. Oxford.
- LOPEZ MELERO, R. (1986): «Nueva evidencia sobre el culto de Ategina: el epígrafe de Bienvenida». *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*. Cáceres. 83-112.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1989): «Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica». *Anejos de AEA.*, X. CSIC. CEH. Madrid.
- LOPEZ PARDO, F. (1990): «Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano». *Gerión*, 8. 141-162.
- LORRIO ALVARADO, A. (1988-89): «Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *Zephyrus*, XLI-XLII. 283-314.
- (1990): «La Mercadera (Soria): Organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica». *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 39-50.
- MAIA, M. (1985): «Celtici e turduli nas fontes clássicas». *Actas III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*. Lisboa, 1980. Salamanca. 165-177.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1981): «El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)». En MALUQUER DE MOTES, J. y AUBET SEMMLER, M. E.: *Andalucía y Extremadura*. PIP. Barcelona. 225-409.

- (1982): «Los pueblos de la España céltica». *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, I-3*. 4ª. Madrid, 1954. 1ª. 5-305.
- (1983): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz), II*. 1981-1982. Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., CELESTINO PÉREZ, S., GARCÍA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, III*. 1983-1986. Barcelona.
- MARTIN BRAVO, A. M. (1991): «Aproximación a la economía de los castros del norte de Extremadura». *Gerión. Anejos III. Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*. 169-180.
- MARTÍN VALLS, R. (1985): «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas». *La Prehistoria del Valle del Duero, I*. Valladolid. 104-131.
- (1986-87): «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización». *Zephyrus, XXXIX-XL*. 59-86.
- MORALES MUÑIZ, A. (1977): «Los restos animales del castro de Medellín». En ALMAGRO GORBEA, M: «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura». *BPH., XIV*. Madrid. 513-519.
- (1990): «Arqueo zoología teórica: usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos». *Trabajos de Prehistoria, 47*. 251-290.
- ONGIL VALENTIN, M. I. (1986-87): «Los poblados de ribero. Análisis territorial». *Zephyrus, XXXIX-XL*. 321-328.
- (1988): «Excavaciones en el poblado prerromano de la Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres)». *Extremadura Arqueológica, I*. 103-108.
- ORTIZ ROMERO, P. (1989): «Problemática general en torno a los recintos-torre de La Serena, Badajoz». *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Castellón-Zaragoza.
- (1991): «Excavaciones y sondeos en los recintos de tipo torre de La Serena». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica, II*. 301-318.
- PAREDES GUILLEN, V. (1888): *Historia de los framontanos celtiberos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*. Plasencia.
- PASTOR MUÑOZ, M. y PACHON ROMERO, J. A. (1991): «Excavación arqueológica en Miróbriga: campañas 1987-1988». *Extremadura Arqueológica, II*. 347-360.
- PAZ, M. A. (1991): «Breve informe de algunos restos óseos del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)». Inédito.
- PEREZ MACIAS, A. (1987): *Carta Arqueológica de los Picos de Aroche*. Huelva.
- (1990): *Castañuelo, los orígenes de la Baeturia Céltica*. Museo Arqueológico de Huelva. Huelva.
- PLACIDO SUAREZ, D.; ALVAR EZQUERRA, J. y GONZALEZ WAGNER, C. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Ed. Síntesis. Madrid.
- REDONDO RODRÍGUEZ, J. A. (1985): «Restos de la antigua ordenación social y territorial: las gentilidades vettonas en la provincia de Cáceres». *Norba, 6*. 29-42.
- (1987): *Prehistoria y Romanización de la Regio Turgaliensis*. Tesis Doctoral inédita. Cáceres.
- REDONDO, J. A.; ESTEBAN, J. y SALAS, J. (1991): «El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica, II*. 269-282.
- RIVERO DE LA HIGUERA, C. (1974): «Cerámicas ibéricas del castro de la Plaza del Tercio (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)». *Zephyrus, XXV*. 351-379.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- (1989): «La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento». *Saguntum, 22*. 165-224.
- (1990): «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura». *La cultura Tartésica y Extremadura*. Mérida. 127-162.
- (1991a): *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña de 1987*. Mérida.
- (1991b): «Proyecto Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz): 1986-1990». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica, II*. Mérida-Cáceres. 283-300.
- (E.p.): «Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en el Valle Medio del Guadiana: la crisis del 400 a. C. y el desarrollo de la Beturia». *0 20*.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y BERROCAL RANGEL, L. (1988): «Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz)». *CuPAUAM., 15*. 215-252.
- RODRIGUEZ DIAZ, A. y ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. (1992): «Necrópolis protohistóricas de Extremadura». *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*. Madrid, 1991.
- RODRIGUEZ DIAZ, A. e IÑESTA MENA, J. (1984): «Las Dehesillas, un poblado prerromano en el término municipal de Higuera de Llerena, Badajoz)». *Norba, 5*. 17-28.
- RODRIGUEZ DIAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P. (1986): «Avance de la primera campaña de excavación en el recinto-torre de Hijojejo (Quintana de la Serena, Badajoz). El sondeo núm. 2». *Norba, 7*. 25-41.
- (1990): «Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena, Badajoz». *CuPAUAM., 17*. 45-65.
- ROLDAN HERVAS, J. M. (1968-69): «Fuentes antiguas para el estudio de los vettones». *Zephyrus, XIX-XX*. 73-106.
- ROUILLARD, P. (1991): *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*. París
- RUIZ DELGADO, M. M. (1989): «Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías». *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Madrid. 2 vols.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1986): *La organización tribal de los vettones*. Salamanca.
- SAYAS ABENGOCHEA, J.J. y LÓPEZ MELERO, R. (1991): «Vettones». *Las entidades étnicas de la Mesetas Norte de Hispania en época prerromana*, Valladolid, 73 y ss.
- SANCHEZ ABAL, J. L. (1979): «El castro de Sansueña, Aliseda (Cáceres): situación y descripción del sistema defensivo». *Estudios en homenaje a C. Callejo Serrano*. Cáceres. 659-663.

- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- VALDES FERNANDEZ, F. (1979): «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz». *Rev. de Estudios Extremeños*, XXXV-II. 337-352.
- VAQUERIZO GIL, D. (1986): «Indigenismo y Romanización en la llamada Siberia Extremeña». *Rev. Arqueología*, 58. 10-18.
- VIANA, A. y DIAS DE DEUS, A. (1950): «Necrópolis céltico-romanas del concejo de Elvas (Portugal)». *Archivo Español de Arqueología*, XXIII. 229-253.
- WATTENBERG, F. (1963): «Las cerámicas indígenas de Numancia». *BPH*, IV. Madrid.
- (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. Valladolid.
- YLL AGUIRRE, E. I. (1991): «Análisis polínico del yacimiento de Hornachuelos (Ribera del Freno, Badajoz)». Inédito.